

# AMOR INYECTABLE

Humorada en dos actos y un prólogo

Original

de



RAMÓN BLANCO Y ROJO DE IBÁÑEZ

Decano de los periodistas murcianos

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRECIO: CINCO PESETAS

# AMOR INYECTABLE

Humorada en dos actos y un prólogo

Original

de

Ramón Blanco y Rojo de Ibáñez

**Decano de los periodistas murcianos**



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Tip. de «La Victoria»

Para pedidos: **SAN NICOLAS, 28.**—Murcia

.....

*Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales.*

*El autor se reserva el derecho de traducción.*

*Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.*

— :: —

*Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés, pour tous les pays y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.*

— :: —

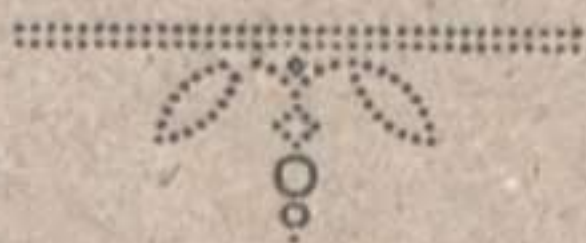
*Queda hecho el depósito que marca la ley.*

.....

# Dedicatoria

---

*A mi distinguido amigo  
D. José Belda  
con toda clase de afectuosidades*



Esta obra, amigo Belda,  
que le dedico sincero,  
espero que usted la acepte  
con cariño verdadero.

*El Autor,*

A long, elegant, curved flourish that starts under the word 'Autor' and sweeps across the bottom of the page.



# PRÓLOGO

Departamento de un Casino, en el que se reúnen los Caballeros Anacoretas. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA

D. Ceferino, D. Toribio y tres ó cuatro señores más, forman la reunión.

Ceferino.—Mis proyectos, gracias á los amigos que aquí nos reunimos, se llevarán á efecto inmediatamente.

Toribio.—Tenemos que descontar, amigo D. Ceferino, á D. Enrique y á D. Severo, que quieren seguir la senda del placer y la orgía desenfrenada.

Ceferino.—Esos señores pueden continuar su escabroso camino, porque aun tienen ilusiones vanas que desaparecerán cuando se astien de todo. Entonces llegarán á nuestro refugio religioso, pidiendo hospitalidad.

Toribio.—Nosotros, siguiendo la pauta de San Francisco de Asis, renunciaremos y venderemos nuestros bienes, para repartirlos entre los pobres.

Ceferino.—Así será, para cumplir estrictamente con el mandato divino. Nosotros, que ya hemos disfrutado de los mundanales engaños que ofrece esta vida, ahora nos dedicaremos á la meditación, á obrar bien, y no olvidar el epitafio que dice:

Como tú te vés, me ví,  
como me vés, te verás,  
no ofendas á Dios, que estás  
muy cerca de estar aquí.

Toribio.—La vida eterna, el mezclar en la existencia alguna idea de la muerte, es la ley del sabio; más tambien es la ley del anacoreta: ambos convergen en este punto, como el gran Victor Hugo nos dice en uno de sus brillantes escritos.

Ceferino.—También dice el poeta, hablando de los misterios de ultratumba, lo siguiente:

Hay un lugar muy profundo,  
que es la triste sepultura,  
en donde acaba el dinero,  
el orgullo y la hermosura.

Toribio.—Entonces empieza la nueva vida, sin odios, ni rencores. La dicha eterna se apodera de los Bienaventurados que mueren en brazos del Señor que es lo que nosotros ambicionamos.

## ESCENA II

Dichos.—D. Severo y D. Enrique.

Severo.—Señores, buenas noches.

Ceferino.—Me extrañaba no acudieran, á nuestras últimas reuniones. Ya tengo adquiridos los terrenos é iglesia para nuestros cultos.

Enrique.—¡Si que llevan ustedes las cosas de prisa!

Ceferino.—Desde que perdí á mi esposa, no he pensado más que en retirarme del mundo, porque la vida me astía.

Severo.—Pues nosotros, amigos de los placeres, disfrutamos de ella y no renunciemos á nada que nos produzca un deleite.

Enrique.—El amor es el placer más grande del mundo, y ante él, los hombres más ilustres, se rinden y son dominados por el ángel de la tierra.

Por la mujer, luz divina,  
que á nuestro pecho fascina.

Severo.—Já, já, já. ¿También eres poeta?

Enrique.—No lo soy, pero la mujer inspira siempre mi entendimiento.

Ceferino.—La mujer, para nosotros, con el mero hecho de ser madre, nos inspira respeto y consideración.

Toribio.—Hablando de la mujer, hemos desviado nuestro proyecto, que según D. Ceferino, tiene ya ultimado.

Ceferino.—Nosotros, por Patrón tendremos á San Francisco de Asis, que cuando joven reusaba en divertirse y despues dió lo que tenía á los pobres, y pobre viviõ... La Comunidad de los Caballeros Anacoretas, me ha nombrado Prior, cargo que me honro mucho en ostentar. Por ahora, y hasta que no se aprueben nuestros Estatutos, viviremos practicando el bien y la Caridad.

### ESCENA III

Dichos.—Melitón, por el foro, con servicio de café, para D. Severo y D. Enrique.

Melitón.—No he traído antes el café, porque aun no estaba hecho (*se los sirve.*)

Enrique.—¿Y Ceferino, te ha convencido para que vayas al convento?

Melitón.—Me ha convencido D. Toribio; y dejo el Casino con mucho gusto, porque la vida contemplativa me seduce.

Ceferino.—Este será el futuro Fray Melitón de nuestra Santa casa.

Severo.—Te doy mi más cordial enhorabuena.

Melitón.—Y la recibo con sumo gusto.

Severo.—Haber si allí sigue siendo tan servicial como en el Casino.

Melitón.—Yo soy siempre el mismo.

Enrique.—Pues, queridos amigos. Cuando nos cansemos de la vida disipada de los placeres y el amor, tal vez pensemos en vivir entre soledades, pero por hoy no pensamos en martirizar nuestro espíritu. (*Mutts Melitón por el foro.*)



## ESCENA IV

Dichos.

Severo. —La mujer es la rosa de la vida,  
el jazmín, el clavel, la madreseiva,  
y el nardo y pasionaria, que perfuman  
del amor, la radiante primavera.

La mujer es el ángel máspreciado  
del jardín deleitoso de la tierra,  
porque el hombre sin ella es una planta  
sin vida, sin color y sin esencias.

La mujer cuando rie nos seduce,  
la mujer cuando llora nos apena;  
la mujer, como madre, nos encanta,  
por ser de nuestro amor la llama intensa.

En el mundo no hay nada más perfecto  
que cautive y subyugue al alma inquieta  
del que por ella con denuedo lucha,  
para darla del amor nuestras preseas.

¡Bendita la mujer, por ser del hombre—  
su venero de fé, su compañera,  
la que enjuga su llanto cuando llora,  
la que implora á la Virgen, cuando pena!

¡La mujer es de Dios sublime aliento;  
bondades infinitas reconcentra,  
porque ella dá su vida por la pátria,  
si el hombre por la patria va á la guerra!

La mujer, por su arrojo y valentía,  
los campos de batalla no le arredran;  
los cruza con denuedo, porque mueren  
los hombres sin auxilio en la pelea.

La Cruz Roja que luce sobre el pécho,  
ostenta con orgullo la enfermera,  
por ser del Redentor, que en el Calvario  
sublimó con sangre nuestra enseña.

Jamás ante el dolor mostróse esquíva,  
porque ella ante el dolor nunca se apena;

es mártir del deber, y no se rinde, aunque quiera rendirse la materia.

La mujer siendo madre sublimiza del alma que atesora su grandeza, porque ella sufre por el hijo amado, lo que nadie por él sufrir pudiera.

¡Bendita la mujer!... ¡Gloria del mundo!...  
¡Dechado de virtudes y paciencia!...  
¡Consuelo incomparable que adoramos!  
¡Reina de nuestro amor!... ¡Bendita seas!

### ESCENA V

Dichos.—Melitón, por el foro, con dos vasos de agua para D. Severo y D. Enrique.

Toribio.—Su elogio á la mujer ha sido muy inspirado y le felicito. Yo he sufrido muchos desengaños y por eso nos retiramos del mundo, porque aisladamente la vida resulta más agradable.

Melitón.—¿Desean los señores alguna otra cosa?

Enrique.—Nada. Puedes retirarte.

Severo.—(*Le entrega unas monedas*) Lo que sobra para tí.

Melitón.—Gracias. (*Mutis por el foro.*)

### ESCENA VI

Dichos.

Severo.—Yo, si la Marquesa viuda de Primavera accede á mis pretensiones, prometo que mi casamiento se celebre en el pequeño monasterio de la Sierra, que próximamente inaugurarán nuestros amigos.

Ceferino.—Celebraremos que así sea.

Severo.—Dios le oiga, padre Ceferino.

Ceferino.—Aun no he tomado posesión del cargo.

Severo.—Para mi, porque es usted un hombre virtuoso.

so, bueno y dadivoso con el necesitado, se merece toda clase de distinciones.

Ceferino.—Gracias, amigo D. Severo.

Severo.—Lo dicho queda dicho; mi boda se celebrará en la iglesia de San Francisco.

Enrique.—Y que pidan á Dios por nosotros, en su futura vida de religiosidad.

Toribio.—Así lo haremos, amigo Enrique.

Enrique.—Gracias, futuro padre Toribio.

Severo.—Un apretón de manos y mucha suerte le desean sus buenos amigos...

*(Le dan la mano á todos y baja el telón.)*

Enrique.—Lo mismo les deseo con toda sinceridad.

## TELÓN Y MUTACIÓN



## ACTO PRIMERO

Decoración de calle. A la derecha de la escena magnífico Hotel, cercado de verja, que partirá del segundo término, hasta la mitad de la escena, con su puerta de entrada en la división, quedando al descubierto el frente que dá al público. Sillas de mimbre, macetas, etc. etc.—A la izquierda, la casa de la Señá Juana, con puerta de entrada. Sobre ella se colocará un letrero que diga Baritllo. De la puerta del mismo, al segundo término de la izquierda, se colocará un cordel para tender ropa. A la izquierda y sobre la madera del escenario, se pondrá una plancha de cinc, con corriente eléctrica, para usarla á su debido tiempo.—Al levantarse el telón, Juana aparecerá colgando algunas prendas de ropa blanca para que se sequen.—Es de día.

### ESCENA PRIMERA

Juana.—Despues Fray Melitón, con un borriquillo, por la izquierda.

Juana.—Aquí se seca la ropa enseguida. Solo falta que el Sr. Catali, el guardia municipal, me obligue a recogerla antes de que se seque.

Melitón.—Buenos días, señá Juana.

Juana.—Muy buenos días, Fray Melitón.

Melitón.—Usted siempre trabajando.

Juana.—La costumbre. Cuando el baratillo lo tengo arreglado y limpio, me entretengo en lavar la ropa.

Melitón.—En el convento la lavamos cada tres días.

Juana.—Mañana precisamente iré á visitar al padre Ceferino, para llevarle algo para la despensa.

Melitón.—¡Ah!... Nosotros no descuidamos la despensa. Antes de que terminen las cosillas, mi borriquillo y yo, salimos en busca de lo que necesitamos para vivir... ¡El comer es muy preciso, hermana!

Juana.—Ya tengo la ropa tendida. ¿Quiere tomar un bocadillo?

Melitón.—No, porque tengo que visitar á más de treinta protectores del convento y se me puede hacer tarde. A mi regreso tendré el gusto de visitarla.

Juana.—Como gusté, hermano Melitón.

Melitón.—Hasta luego, hermana.

Juana.—Adios y mucha suerte.

Melitón.—¡Que El le oiga y que le oiga bien!

(Mutis Melitón por la derecha y Juana por el Barafillo.)

## ESCENA II

Estrella y Saturno, con delantal blanco, por el Hotel.

Estrella.—¡Te digo que no y que no!

Saturno.—¡Pero Estrella de mi vida!, ¿no ves que Saturno se muere por tí?

Estrella.—¡Jesús y que hombre!... Te he dicho, y te diré siempre, que el matrimonio me horroriza y que por ahora no pienso en casarme.

Saturno.—¡Parece increíble!... ¡Morir celibata una mujer tan bonita como tú!... ¡Dios no te lo perdonará!

Estrella.—Cosa que a tí debe tenerte sin cuidado!

Saturno.—¡Sí que me tiene, porque te quiero mucho, Estrella de mi vida!

Estrella.—Lo agradezco.

Saturno.—¡Si recordaras el catecismo, tú, que eres tan cristiana, pensarías de otro modo!

Estrella.—¿Por qué?

Saturno.—Porque dice el catecismo: «Creced y multiplicaos.» Y si Estrella y Saturno, dos planetas terre-

nales, no unen sus hemisferios, por tu culpa se perderán varios planetas chicos.

Severo.—(*Desde dentro*) ¡Saturno!...

Estrella.—Anda. El señor te llama.

Saturno.—Iré cuando contestes á la siguiente pregunta: ¿Te casarás alguna vez?

Estrella.—No lo sé.

Saturno.—Pues debes casarte, porque en el amor está la dicha, la felicidad y el todo de la vida.

Estrella.—Y las penas grandes y los sinsabores continuos.

Saturno.—(*Con afecto*) ¡Cuando dos almas se adoran, las penas desaparecen!

Estrella.—Quedando los sinsabores.

Saturno.—No... ¡Por encima de ellos, está la alegría del vivir!

Estrella.—Eres ilusionista y no me convences.

Saturno.—¡Mi ilusión eres tú y por tí sería capaz de todo!

Estrella.—(*Riendo*) ¿De todo?...

Saturno.—No te rias... ¡y no será por falta de mujeres!... Las cuento por docenas.

Estrella.—(*Riendo*) ¡Adios, Tenorio!

Saturno.—Para mí escribieron el cantar que dice:

Tengo novias por docenas,  
á todas digo me caso;  
¿cómo me las compondré  
para hacer este milagro?

Todo ese puñado de nardos y claveles, lo desprecio. Del paraíso terrenal que habitamos, tú eres la rosa de más valía... ¡Esa rosa tiene que ser para mí!

Estrella.—(*Con ironía*) Enseguidita...

Saturno.—[*Cogiendo la solapa de su americana*] Aquí está el ojal. Puedes colocarla cuando gustes.

Estrella.—(*Riendo*) Las flores de mi paraíso, están creciendo.

Saturdo.—De modo que...

Estrella.—(*Riendo*) Puedes buscar á otra florista.

Saturno.—¡Parece increíble que no me correspondas. ¿Por qué no me amas?

Estrella.—Porqué mi pecho aún no conoce el amor, y porque los hombres, para mí, no tienen nada de particular.

Saturno.—¡Por que detenidamente no has reparado en mi silueta!... Observa... De norte á sur, puedes mirarme sin precipitación y con detenimiento.

Estrella.—*(Riendo)* Ya te he mirado.

Saturno.—¿Y qué?...

Estrella.—*(Riendo)* Que no me has producido sensación.

Saturno.—¡Mentira!... *(Con alegría)* Tus ojos dicen lo contrario,

Estrella.—¿Y qué es lo que dicen mis ojos?

Saturno.—Tus ojos y silueta dicen mucho, como digo en los siguientes versos que anoche te escribí. *(Saca una cuartilla y los lee.)*

Hermosa entre las hermosas,  
es mi idolatrada Estrella,  
y de ella quiero ensalzar  
su extraordinaria belleza.

No dirás que empleo mal.

Estrella.—Por mucho que me cantes, es en devaneo.

Saturno.—*(Leyendo)*

Te cantaré, como canta  
el trovador á su bella,  
para ensalzar tus virtudes  
y tu sin par gentileza,

Cantaré á tus ojos negros,  
á tus pestañas, tus cejas,  
á tu nariz, á tu boca,  
y á tus dientes, que son perlas.

Cantaré a tu esbelto talle,  
cantaré á tu tez morena  
cantaré á tus labios rojos  
y á tus andares de reina.

Cantaré, pero me temo,  
por hallarse descompuesta,

que de mi lira dormida  
apenas vibren sus cuerdas.

✓ Mas no importa, yo te canto  
y suceda lo que quiera  
¡porque mi canto de amor,  
del amor, es pura esencia!...

Te canto, para encomiarte  
y exclamar: ¡Bendita seas!  
¡Dios haga porque en tu pecho  
jamás se albergue la pena!

Estrella.—Las penas, hasta hoy no las conozco; por eso  
no me caso, porque los matrimonios, generalmen-  
te, terminan de mala manera, según dicen.

Saturno.—No hagas caso de lo que digan. Lee la prensa  
y verás: Matrimonios celebrados hoy, quince.  
Nacimientos, catorce. Y si la vida matrimonial  
fuera tan desastrosa, nadie se casaría y el mundo  
terminaba por consunción.

### ESCENA III

Dichos.—D. Severo, por el Hotel.

Severo.—(A Saturno) ¿No has oído que te llamaba?

Saturuo.—No me dí cuenta, señor. ¿Qué desea?

Severo.—Como siempre, estarías haciéndole el amor á Es-  
trella, que no te quiere porque eres demasiado "li-  
terato."

Estrella.—No le quiero, señor, porque los hombres no me  
inspiran nada.

Severo.—Porque aun no has dado con el que te guste.  
Cuando tengas la desgracia de tropezar con él, ya  
verás lo que es canela fina, como dice mi amigo  
Enrique

Saturno.—Yo creo que no tiene corazón.

Estrella.—Lo tengo muy hermoso y muy reservado.

Severo.—No es menester que lo jures. A tu edad, lo interior  
y exterior, resulta una golosina apetecible. ¿No es



verdad, Saturno?

Saturno. — Por eso quiero yo paladearla.

Severo. — *(Riendo)* No está mal.

Estrella. — Para los hombres ¡acibar y acibar!

Severo. — ¿Tan malos son?

Estrella. — No se si son buenos ó malos, pero no quiero à ninguno.

Severo. — Peor es la mujer que el hombre.

Saturno. — ¡Y que lo diga usted, señor!

Severo. — Ya vés; á mí, por ejemplo, que aun no soy viejo, pues tengo 42 años, no me quiere la marquesa viuda de Primavera, que tiene 32. Por ella daría cuanto tengo, y nada.

Saturno. — Lo mismo que yo. *(A Estrella)* Todo lo que tengo es tuyo.

Estrella. — ¡Guárdalo, que no sabes lo que tienes!

Severo. — Tiene cinco mil pesetas, que yo le entregaré el día que se case.

Saturno. — ¡Aprovecha la ocasión, so prima!

Estrella. — Eso quisieras tú!

Saturno. — Si supieras algo del eter astronómico, tú planeta giraría a' rededor del mio en busca de la luz.

Estrella. — De la luz del señorito,

Saturno. — Para que tú y yo tuviéramos luz propia, porque ese dinero lo emplearíamos en una lampistería,

Severo. — Si Estrella se casa contigo, prometo ser el padrino.

Estrella. — Si alguna vez pienso en eso, acepto el ofrecimiento.

Saturno. — ¿De veras?

Estrella. — De veras.

Severo. — Pues no hablemos más del asunto... Ahora irás à casa de D. Enrique, Le dices que lo necesito para hablarle de lo que sabe.

Saturno. — Le diré que un asunto mane-fece-farídico reclama su presencia.

Severo. — Déjate de historia y vé a casa de D. Enrique.

Saturno. — Está bien, señor. *(Mutis)*

## ESCENA IV

Estrella y D. Severo.

Severo. — ¡Pobre Saturno!... Es un chico bueno y servicial... ¿Por qué no le quieres? Ahora que estamos solos, franquéate conmigo.

Estrella. — Ya lo he dicho, señor. Por ahora no pianso en casarme. Tal vez sea, como usted dice, por que no he encontrado el hombre que me guste.

Severo. — Tu sangre, tu juventud, ¿no te dice nada?

Estrella. — Nada.

Saturno. — ¿No sientes deseos?...

Estrella. — ¿De que?

Severo. — De tener casa. Tener familia. Mirar el porvenir.

Estrella. — No pienso en eso.

Severo. — ¡Es raro!... La mujer siempre piensa en el día de mañana. Su imaginación forja primero un hombre, rubio ó moreno, y si se lo presenta el que ella imagina, se considera dichosa, y desea, cuanto antes, que llegue el día de la boda, para tener casa y un hombre que la quiera de corazón.

Estrella. — Yo no pienso en esas cosas, no se por qué... Mis amigas me han hablado de sus novios, de sus proyectos, y hasta de los hijos que tendrán, y con indiferencia escuché siempre todo lo que me decían.

Severo. — Me extraña el que seas así.

Estrella. — Un hombre, para mí, no supone nada.

Severo. — ¿Por qué?

Estrella. — Porque la mujer vale más.

Severo. — *(Riendo)* ¿De donde has sacado eso?

Estrella. — Escuche usté:

El engaño de los hombres  
desde Adán, fué la mujer;  
de modo que está probado  
que Eva valía más que él.

Severo. — *(Riendo)* Porque somos confiados y nobles.

Estrella.—Lo que usted quiera.

Severo.—¿De modo que un hombre no te hace sentir?...  
¿No sientes deseos?...

Estrella.—De nada.

Severo.—¡Pues hija mía, no me lo explíco! Es un caso extraordinario. A tu edad, toda mujer siente amor, siente deseos de... como te diré yo... inexplicables, que la conducen maquinalmente, al sitio que no te puedo decir.

Estrella.—Lo sé por mis amigas.

Severo.—¡Muy bien!... ¿Y qué te parece eso que te han dicho tus amigas?

Estrella.—Eso...

Severo.—Habla.

Estrella.—Pues tampoco se lo puedo decir.

Severo.—En tus ojos leo lo que tus amigas te han dicho.

Estrella.—¿Es que me he puesto colorada?

Severo.—Te has puesto como se pone una mujer de tus años, que tiene fuego en el corazón y el alma dormida... ¡Ahora es cuando te pones colorada!...

Estrella.—Me habla usted de un modo...

Severo.—Te hablo así, porque he descubierto tu secreto... En tus ojos se alberga el amor. Tus ojos te venden... ¡Cuando se mire en ellos él que te sepa hablar con pasión, con vehemencia, te rendirás! Saturno no ha sabido hablarte, ni mirarte cara á cara.

## ESCENA V

Dichos.—D. Enrique y Saturno, por el foro.

Enrique.—*(Entra sonriente y abraza á D. Severo.)* ¿Qué te pasa, hombre, que te pasa?

Severo.—*(A los criados)* Podéis retiraros. *(Estrella y Saturno, mutis por el Hotel.)* ¡Ay, amigo Enrique!... ¡La Marquesa me ha desahuelado por completo!

Enrique.—*(Riendo)* No te apures, hombre, porque todo

puede arreglarse.

Severo.—Esa mujer me tiene trastornado.

Enrique.—(Con regocijo) ¡Esa mujer será tuya!

Severo.—No lo creas. ¡Ya no hay arreglo posible!

Enrique.—(Con regocijo) Te digo que sí, guasón.

Severo.—No te molestes. Yo soy como los malos toreros: toda suerte me sale desastrosa.

Enrique.—(Riendo) Sí; pero no me negarás que los malos toreros, también suelen dar en ocasiones pinchazos superiores, haciéndose innecesaria la puntilla.

Severo.—Déjate de bromas y escucha (Ambos se sientan.) Anoche, cuando á las dos de la madrugada regresaba del Casino, Saturno me entregaba esta carta de la marquesa: (Saca una carta.)

Enrique.—(Riendo) ¡Desde Eva, que se la pegó á nuestro padre Adán con la manzana, hasta la damita joven que conocí el pasado año en Sevilla, que también me la pegó, aunque sin manzana, son pèrfidas, y nosotros primos de ellas, por lo que tenemos de Adán.

Severo.—Escucha y juzga. (Leyendo) Señor Don Severo del Nido. Mi distinguido amigo: Con objeto de evitar murmuraciones, le ruego deje de visitarme. Sus deseos jamás serán correspondidos. No obstante, agradeciendo su atención, queda de usted afcma. y s. s. La Marquesa viuda de Primavera.

Enriquè.—(Riendo) ¡Pero que mujeres, chico, que mujeres!

Severo.—No te rías, porque maldita la gracia que tiene tu risa!

Enrique.—(Riendo) ¡Riete, hombre, riete!

Severo.—¡No me dá la gana!

Enrique.—(Con regocijo) ¡Riete porque esa mujer será tuya!

Severo.—Eso es imposible.

Enrique.—¿Imposible?... (Riendo) ¡Riete, hombre, riete!

Severo.—¿Pero hay que reirse á la fuerza?

Enrique.—¡Si hombre, sí!

Severo.—Já, já, já.

Enrique.—(Con regocijo) ¡Y ahora vá lo bueno! (Se levanta y se lleva á Severo de la mano á un lado de la escena, con mucho misterio.) ¡Todas las mujeres y todos los hombres, son nuestros!

Severo. — ¡Zambomba! ..

Enrique. — ¡Al Gran Hotel, ha llegado una misteriosa italiana, poseedora del Amor inyectable, que resuelve el problema nuestro, es decir, el tuyo, si adquirimos esa maravillosa inyección!

Severo. — Eso no puede ser.

Enrique. — ¡No seas incrédulo! Lo que digo es cierto, El Amor inyectable, es una trompetilla con virus pasional. Se le aprieta á un resorte señalando á determinada persona, y ¡paf! el virus corresponde á tus deseos.

Severo. — ¡De modo que con esa inyección!..

Enrique. — *(Con regocijo)* ¡El delirio, chico, el delirio!

Severo. — ¡Abrazame, Enrique de mi vida! *(Se abrazan.)*

Enrique. — ¡Por eso decía que te rieses! *(Con alegría.)*

Severo. — *(Con mucho entusiasmo)* ¡Y río de alegría, de alegría inconmensurable!

Enrique. — *(Con gran regocijo)* ¡El mundo es para nosotros, amigo, Severo!

*(Suenan los cascabeles de un coche.)*

Severo. — ¿Y cuando podríamos ver á esa misteriosa italiana?

Enrique. — En obsequio tuyo, fui al Hotel, hablé con ella y me dijo que vendría á verte. *[Mirando por el segundo término de la derecha]* ¿Vendrá en ese coche?... ¡Sí; ella es! *[Ambos salen ha recibirla.]*

## ESCENA VI

D. Severo, D. Enrique y Signora Picallini.

Enrique. — Tengo el gusto de presentarle á mi buen amigo D. Severo del Nido.

Picallini. — Molto plachere il salutare á signore tan amabile. *(Se dan la mano.)*

Severo. — El placer signora...

Picallini. — Picallini *(Se sientan.)*

Severo. — Pues bien, signora Picallini. Por lo que me ha

manifestado mi amigo Enrique, celebro muchísimo el conocer á usted.

Picallini.—Gratia, mio signore.

Severo.—¿Conque posee usted un maravilloso amuleto, denominado Amor inyectable?

Picallini.—Sí, mio caro.

Severo.—¿Es cierto que empleando su mágica influencia, en determinada persona, puede uno conseguir de ella los coloquios deleitosos y amorosos que se deseen?

Picallini.—Sí, mio caro. Con mio inyectable talismani, tuto se consigue: Pasione tranquila, pasione vehementi, y pasione exagerata, loca.

Severo.—¿Y posee muchos talismanes?

Picallini.—Io tener solamenti ùnique esemplari.

Severo.—¿Un solo esemplar?

Picallini.—Sí, mio caro.

Severo.—¡Cosa más rara!

Picallini.—Ser una historieta molto curiosa. cuya explicacione va in este tratato. (*Le enseña un pequeño librito.*)

Severo.—¿Me permite usted?

Picallini.—Con molto plachere.

Severo.—(*Leyendo*) Amor inyectable. Pequeño tratado, para usar en forma el virus misterioso de la inyección. En el mundo solo hay cinco ejemplares, que fueron misteriosamente preparados por la célebre bruja Marta Canutillo Bienvenido, que en una noche huracanada desapareció de este planeta. (*Severo queda asombrado. Saca el pañuelo y se limpia el sudor.*)

Enrique.—(*Riendo*) Sigue, hombre.

Severo.—(*Leyendo*) Para usar el Amor inyectable, se tienen que observar las siguientes reglas: Primera. Para conseguir el amor tranquilo de determinada persona, no hay más que apretar por una sola vez el resorte misterioso de la trompetilla, señalando

con la misma á determinada persona, y se obtiene el virus pasional.—Segunda: Si se quiere una pasión vehemente, no hay más que apretar el botón de la trompetilla por dos veces. Y tercera. Si se desea una pasión volcánica, no hay más que apretar el botón por tercera vez, para que el virus romántico y enloquecedor, invada el organismo instantáneamente. (*Vuelve a sacar el pañuelo y a secarse el sudor.*)

Enrique, — (*Riendo*) ¡Maravilloso!... ¡Maravilloso!

Severo.—(*Leyendo*) Para que todo individuo inyectado, del sexo que fuere, pierda la virtualidad prodigiosa del virus del amor, el inyectador pronunciará las siguientes palabras: Primera: ¡Basta! Con esta palabra, la persona inyectada quedará como una estatua.—Segunda. Para que recobre el movimiento, sin que recuerde nada de su estado pasional, el inyectador, con energía, dirá: ¡Despierta!, y el virus del amor desaparece por completo, Finis, coronat, opus.

Enrique.—(*Riendo*) ¿Sabes que me hace mucha gracia el Amor Inyectable?

Severo.—(*A la italiana*) ¿Y cuesta mucho?

Picallini.—Sien mile franchi.

Severo.—¿Cien mil francos?

Picallini.—Si, mio caro.

Severo.—¡Y tan caro!...

Picallini.—In la Oseania vendute una inyeccione en quinientos mile franchi; In Asia, en seiscientos miles; in Africa, in novecientos mille, y en América, en un millone cuatro cientos mile, Il de Europa, come saldi, vendere en cien mille franchi.

Severo.—Yo no tengo inconveniente en darle los cien mil francos, pero antes tengo que convencerme si es verdad lo que este tratado dice,

Picallini.—Io no teneri inconvenienti (*Le entrega el talismán.*)

Severo.—(*Examinándolo*) De modo que no hay más que darle un apretón á este botoncito, señalando á determinada persona y consigue uno su objeto.

Picallini.—Si, mío caro.

Severo.—(*Se levanta y desde la puerta de su Hotel, llama á sus criados.*) ¡Estrella!... ¡Saturno!...

## ESCENA VII

Dichos — Estrella y Saturno.

Estrella.—¿Llamaba el señor?

Severo.—Sí. Colócate en este lado. (*En el centro de la escena.*) Y tú (*A Saturno*) Aquí. (*Próximo á Estrella,*)

Picallini.—Puede hacere la proba con uno ó con los dos. Ser convenchonale suo capricho.

Severo.—(*Señalando con el talismán.*) Sobre con Estrella.

Estrella.—(*Con cariño.*) ¡Ay!...

Saturno.—¿Adonde vá ese suspiro?

Estrella.—Que soso eres, Saturno.

Saturno.—(*Con regocijo*) No me digas soso, porque me sobra sal para quererte.

Estrella.—Embustero.

Saturno.—¿Me quieres acaso?

Estrella.—¡Con toda el alma, gracioso!

Saturno.—¿Pero es verdad, Dios mio?

Enrique.—(*A Severo.*) ¡Dale otro apretón!

Picallini.—Duo apretone, amore forte.

Severo.—(*Apretando el botón.*) Pues fuerte!

Estrella.—¿No me ves deshecha por tí?

Saturno.—¿Al fin consientes?

Estrella.—¡Pillo!... Lo que me pidas te lo doy.

Severo.—¡Zapateta!...

Enrique.—(*Riendo*) ¡Dale otro apretón á la trompetilla!

Picallini.—Amore loco, frenetique.

Severo.—(*Apretando el botón.*) ¡Allá vá!...



Estrella.—(*Abrazándolo.*) ¡Que hermoso eres, Saturno mío!

Saturno.—¡Ay, ay, ay!... Estrella. ¡Qué me pongo malo de alegría!...

Estrella.—¡Quiero verte muerto entre mis brazos!

Saturno.—¡Qué me dá un vaido!

Estrella.—¡Siempre te tendré á mi lado, corazón mío!

Saturno.—¡Todo es tuyo!... ¡El corazón y el hígado!

Estrella.—(*Lo abraza más fuerte.*) ¡Que guapo y que requeteprecioso que eres!

Saturno.—¿De veras soy guapo?

Estrella.—¡Como un angel!... [*Lo vuelve abrazar.*] ¡Eres ideal!... ¡Bendita sea tu madre!

Enrique. (*Riendo, á Severo*) Suspende el idilio, porque Estrella se lo come.

Severo.—(*Dirigiéndose á Estrella.*) ¡Basti! (*En la postura que la pille, se queda inmóvil.*)

Saturno.—¡Estrella!... ¡Estrella mía!... ¿Qué te sucede?

Picallini.—(*A Severo*) Para que vuelva á su estado natural, y no recorde nada de lo sucedido, tenere que empleare la otra palabrina.

Severo.—Ya lo sé. Desde luego me quedo con la inyección. Cuente con los cien mil francos.

Enrique.—¡Magnífico, chico! (*Riendo*) ¡Esa inyección no tiene precio!

Saturno.—Estrella, ¿Te has desvanecido?

Picallini.—Con il amore inyectábile, tuto se consigue.

Enrique.—(*Riendo*) Con él seremos los reyes del amor.

Severo.—¿Y se gastará con el uso?

Picallini.—No hay que abusare. Il tubo servire para molto más de un milione de personas.

Enrique.—¡Zambomba!

Saturno.—(*A D. Severo*) ¿Qué es lo que le sucede á Estrella?

Severo.—Ahora duerme en brazos del amor.

Enrique.—(*A Saturno*) Cuando despierte, dejará de amarte.

Saturno.—¿Es que ha sido un sueño su pasión?

Severo.—Sí.

Saturno.—¡Yo desgo que vuelva á la vida, pero queriendo-me mucho!

Severo.—(A Estrella) ¡Despierta! (Vuelve en sí.)

Estrella.—(Ligeramente asombrada) ¿Me llamó el señor?

Severo.—Sí. Te llamé para entregarle á Saturno las cinco mil pesetas ofrecidas, porque me ha dicho que te casas con él

Estrella.—(Con asombro) ¿Yo?

Saturno.—¡Como que te he trastornado el sentido!

Estrella.—[Riendo] ¿Estás loco?

Saturno.—¿Es que no me quieres?

Estrella.—¿Te he querido acaso?

Saturno.—(A D. Severo) ¡Señor!... ¡Haga usted por que me quiera!

Severo.—Te casarás con Estrella, porque es mi deseo.

Estrella.—Eso es imposible.

Severo.—(Apuntándole con el talismán) ¡Te casarás con él!

Saturno.—¿De veras?

Estrella.—¿No ves que te quiero con toda el alma?

Saturno.—(A D. Severo) ¿Qué ha hecho usted, señor, para convencerla tan pronto?

Severo.—¡Mirarme en sus ojos... y cedértela!

Saturno.—Gracias, señor. Le ruego que no me la duerma. Déjemela en el estado en que se encuentra.

Severo.—(Con satisfacción) ¡Así te la dejaré... para siempre. (Dirigiéndose á Picallini) ¿Hay algún peligro?

Picallini.—Ninguno. Vivirá en amore felice, ideale, queriendo siempre á suo marito.

Enrique.—¿Y si al botón le diese los tres apretones?

Picallini.—Entonces, il esposo, moriría en aras dil amore.

Enrique.—¡Caspitina!

Severo.—Con un apretón, está bien.

Picallini.—Sí, mio caro. Uno solo apretone, ser lo usuale.

Saturno.—Señor.

Severo.—¿Qué quieres?

Saturno.—Dice Estrella, que porque no nos casamos mañana.

Severo.—Eso es muy pronto. Se necesita un breve.

Estrella.—(Con timidez) Es que me dá miedo el quedarme sola en mi habitación.

Enrique.—(A Severo) ¿Le has dado los tres apretones?

Severo.—Ha sido uno solo.

Enrique.—¡Pues ha sido uno bueno!

Severo.—¿Quiere sobrar ahora los cien mil francos?

Picallini.—A ser fáchile...

Severo.—Facilísimo. Pase á mi despacho y le entregaré el cheque. (Mutis por el Hotel: Picallini, D. Severo y D. Enrique.)

## ESCENA VIII

Estrella y Saturno.

Saturno.—Ahora que estamos solos, vas á serme franca.

Estrella.—(Con cariño) ¿Qué es lo que deseas?

Saturno.—¿Me quieres mucho?

Estrella.—¡Mucho, muchísimo y requetemuchísimo!

Saturno.—¿Y porqué antes no me querías?

Estrella.—(Casi llorando) ¡Pero si te he querido siempre!

Saturno.—No llores... Cuando el señor te ha mirado cara á cara, ¿que has sentido?

Estrella.—Nada... Nada...

Saturno.—¿No has sentido en los ojos un fogonazo de amor?

Estrella.—(Con cariño) El fogonazo lo siento contigo.

Saturno.—Tambien lo siento yo, pero no es eso. Lo que quisiera saber, es porque antes no me querías y ahora me quieres.

Estrella.—(Llorando) Si siempre te he querido, te quiero y te querré.

Saturno.—Mira; no llores más. Sea lo que sea, lo celebro. ¿Me quieres mucho?

Estrella.—¡Mas que á mi vidual

Saturno.—Pues dame un abrazo.

Estrella.—(*Abrazándolo*) Te daré dos.

Saturno.—En esto no hay engaño.

## ESCENA IX

Dichos.—D. Severo, D. Enrique y Picallini, por el Hotel.

Severo.—Si abusais del amor, os voy á tener que suprimir tanta felicidad.

Saturno.—Señor; es que nos despediamos, porque me marchaba á limpiarle la ropa.

Severo.—Limpiala bien. (*A Estrella*) Y tú, arregla el gabinete, porque está algo descuidado.

(*Mutis Estrella y Saturno, por el Hotel.*)

Picallini.—Con suo permiso marchó para mi Hotele.

Severo.—(*Severo dándole la mano.*) Tantísimo gusto en haberla conocido.

Picallini.—Gratia, signore.

Enrique.—(*Dándole la mano.*) Tambien celebro tan grata amistad.

Picallini.—Vostra finesa molto agradecere (*Mutis por la segundo izquierda.*)

## ESCENA X

D. Severo y D. Enrique.

Enrique.—(*Con alegría*) Nada, chico, El Amor Inyectable, tiene que hacernos célebres.

Severo.—(*Con alegría*) Esta noche, te juro á fé de Severo del Nido, que la Marquesa, cae en mi nido, ó lo que es igual, en mis brazos y para siempre.

Enrique.—(*Riendo*) ¡Duro!... Y al botón le das los tres apretones!

Severo.—No. Con uno ó dos, tendrá bastante.

Enrique.—¿A que no sabes (*riendo*) en lo que pienso ahora mismo?

Severo.—Como no me lo digas.

Enrique.—(*Riendo*) En la mujer del gobernador. ¡Esa sí que es una mujer de rechupete!

Severo.—Se la robaremos al gobernador y te la cedo.

Enrique.—(*Riendo*) La cosa es sencillísima. Al gobernador le damos tres inyecciones de amor, y antes de tres meses cadavérico.

Severo.—No está mal pensado, pero eso es un crimen.

Enrique.—(*Riendo*) Entonces lo dejamos paradisiaco, es decir, en el limbo celestial del amor.

### ESCENA XI

Dichos.—Sr. Catali, por la segunda derecha.—Después Juana.

Catali.—(*Junto á la puerta del barafillo.*) ¡Juana!

Juana.—(*Saliendo*) ¿Qué desea?

Catali.—¡De mi autoridad, nadie se ríe!

Juana.—¿Y quien se ríe de su autoridad?

Catali.—¡Tú!

Juana.—¿Yo?...

Catali.—¡Sí!... ¡Esta es la tercera vez que tiendes la ropa en la calle!... ¡No haces caso de mí!

Juana.—Si es que...

Catali.—Nada, nada. Te multo en dos cincuenta pesetas y si reincides, te multaré en un duro.

Enrique.—(*Riendo.*) Inyecta al guardia. (*Lo inyecta.*)

Juana.—En duro trance se vá usted á ver para cobrarlo, señor Catali.

Catali.—(*Cimbreadose*) Si que vá á ser duro, gitana. ¡Pero qué ojos tiene tan juguetones!

Juana.—Los que Dios me ha dado. (*Recoge la ropa.*)

Catali.—No recojas la ropa, Juanita. (*Con cariño*) A tí no hay quien te multe. Con esa ropa, tienes que tender mis calzoncillos.

Juana.—¡Jesús y qué chirigotero está el guadia!

Catali.—¡Verdad que tengo gracia!

Juana.—Para sembrar lechugas y que espumen sin necesi-

dad de guano.

Catalí.—(*Riendo*) ¡Pero qué chirigotera que eres!... ¡Te voy á querer más que á mi nieto Zacarías!

Juana.—Aunque viuda, no necesito cariño de nadie, señor Catalí.

Catalí.—No seas tonta; quiero favorecerte, queriéndote mucho. Tú no sabes lo bien que yo ocuparé el hueco del que está en el purgatorio. Tu marido era peor que la sal de higuera.

Juana.—Mejor.

Catalí.—Ven, mujer; quiero demostrarte mi cariño. (*Al darla un abrazo, le dá una bofetada.*)

Severo.—¡Basti! (*El guardia se queda inmóvil.*)

Juana.—(*Al verlo inmóvil, se asusta.*) ¿Eh?... ¡Guardia!... ¡Sr. Catalí!... ¿Qué le pasa?

Enrique.—¿Ocurre algo?

Juana.—No sé... Está inmóvil... ¡Sr. Catalí... Sr. Catalí!...

Enrique.—¡Ni Catalina!... Ese no despierta.

Severo.—¿No le has propinado una bofetada?

Juana.—Ha sido inconcientemente.

Severo.—Habrá sido inconcientemente, pero del golpe lo has dormido de pies.

Enrique.—Está como himnotizado.

Juana.—(*Con pena*) ¡Ay, Dios mío!... ¿Qué hago yo?

Severo.—No te apures. Guardia... (*zarandeándole*) ¡Despierta!

Catalí.—(*Despertando*) ¿Que sucede?

Severo.—Nada. Está todo tranquilo.

Catalí.—¡Ya sabes que estás multada en 2'50 pesetas!

Severo.—Por esta vez, perdónela, querido guardia. No volverá á reincidir.

Catalí.—Si reincide, la paga. ¡Lo juro por Zacarías!

Severo.—Si. Por su nieto.

Catalí.—(*Con alegría*) ¿Le conoce usted?

Severo.—¡Oh!... Es un buen chico.

Catalí.—Cualquier día se lo traeré para que lo vea.

Severo.—Cuando guste. Vaya con Dios.

Catali.—Que ustedes lo pasen bien. (*Mutis por la segunda derecha.*)

Enrique.—Adios, simpático guardia.

Severo.—Recuerdos á Zacarías

Juana. (*Al ver que Catali á hecho mutis, echa á correr para el segundo término de la derecha y dice:*)  
¡Adios, guardia sicalíptico!

## ESCENA XII

D. Severo, D. Enrique y Señá Juana.

Severo.—(*Contemplando el talismán*) Esta es una joya inapreciable.

Enrique.—¡Vale más de cien mil francos!

Severo.—¡Ni por un millón la cedería!

Juana.—¿Pero han visto ustedes que guardia tan sinvergüenza?

Enrique.—Nosotros no hemos visto nada.

Juana.—Lo de la multa es una combina. Lo que quiere es magrearse conmigo. Por eso le largué una bofetá de cuello vuelto, que pa mi que la diñaba.

Severo.—Lo dejó dormido completamente.

Juana.—¡Pues no quiere tender sus calzoncillos con mi ropal... ¡Habrá sinvergüenza!

Enrique.—Estará sin lavandera.

Juana.—¡Que la lave Zacarías!

Uno.—(*Desde dentro*) ¡Señá Juana!..

Juana.—Voy enseguida. Con permiso de ustedes. Ya saben donde tienen su casa.

Severo.—Muchas gracias.

Enrique.—Vaya usted con Dios.

## ESCENA XIII

D. Severo y D. Enrique.

Severo.—Esta noche deseo que me acompañes. Veremos á la marquesa.

Enrique.—(*Con alegría*) ¡Ya sabes que puedes disponer de

mí como tengas por conveniente. (*Sonriendo*) ¿Vas á inyectar á la marquesa?

Severo.—(*Con regocijo*) ¡Sí. Al resorte, solo le daré un apretón! No quiero ser abusivo.

Enrique.—¿Te casarás con ella?

Severo.—Dentro de un mes se verificará la boda. Y para que yo viva siempre tranquilo, (*riendo*) cuando salga de casa la dejaré dormida, me llevo la llave de la habitación, y hombre dichoso y libre del todo!

Enrique.—Sabes que me gusta tú ocurrencia.

Severo.—(*Riendo*.) Dos o tres horas la tendré inmóvil, como al guardia Catali. De guardia en mi habitación.

Enrique.—(*Riendo*) Y con un sable en la mano, en actitud amenazadora, como San Miguel!

Severo.—(*Con alegría*) Te digo, chico, que vamos á gozar lo indecible con el Amor inyectable.

Enrique.—(*Riendo*) ¿Y cuando en el Casino haya soireé y nos dé por inyectar á toda la concurrencia?

Severo.—¡Vaya un jaleo de abrazos y ósculos! (*Rie.*)

Enrique.—(*Con regocijo*) Una revolución de amor.

Severo.—Hay que ocultar el secreto de la inyección, porque si la gente se entera, tendremos que abrir consulta.

Enrique.—(*Con entusiasmo*) D. Severo del Nido. De 2 á 4. Inyecciones de amor. Horas extraordinarias precios convencionales.

Severo.—(*Riendo*) Y no tendríamos tiempo para dar tanto apretón.

Enrique.—¡Como que la cola de la clínica sería quilométrica!

Severo.—(*Riendo*) ¡Cuánto marido vendría á visitarnos para que inyectáramos á sus mujeres.

Enrique.—(*Riendo*) ¡Y mujeres para que inyectáramos á los maridos!

Severo.—(*Riendo*) Y como en las funerarias, habría que establecer servicio permanente.

Enrique.—Te digo que sería un suceso sensacional.



ESCENA XIV

Dichos.—Fray Melitón, por el segundo término de la derecha, con el burro cargado de víveres.—Después Juana por el baratillo.

Melitón.—(*Sale cantando la siguiente estrofa:*)

Anda, borriquito,  
vamos al convento,  
porque nos esperan  
con el cargamento.

(*Dirigiéndose á D. Severo y D. Enrique.*) Buenas tardes nos dé Dios.

Severo.—Muy buenas.

Enrique.—Veo que no se ha perdido el día, hermano Melitón.

Melitón.—Gracias á las caritativas almas, que nunca nos abandonan. (*Junto al baratillo*) Señá Juana.

Juana.—(*Saliendo*) Hola, hermano Melitón. ¿Se ha despachado ya?

Melitón.—Sí señora.

Juana.—Me place el ver al borriquillo bien cargado.

Melitón.—Como mañana hay que honrar á nuestro Patrón San Francisco, nuestros protectores quieren que pasemos el día del mejor modo posible.

Juana.—Mañana iré al convento y les llevaré un presente.

Melitón.—(*Con la mano indica si es de comer.*) ¡Positivo!

Juana.—Dos perriles que pertenecieron á un cerdo de treinta arrobas!

Melitón.—(*Cruzando las manos y mirando al cielo.*) ¡Bendito y alabado sea el glorioso San Antonio Abad, por su simpático y robusto acompañante!

Enrique.—(*Sonriendo*) Sí, hombre; dale al fraile una inyección.

Juana.—La virtud tiene que ser siempre recompensada.

Melitón.—¡El jamón á discrección, hermana, es el todo en esta vida!

Severo.—(*Sonriendo*) Temo que el fraile haga una atrocidad.

Enrique.—Ya sabes que el tratado dice, que con un apretón, el amor es tranquilo; así es que con tranquilidad, el lego puede expresar su pasión.

Severo.—Entonces lo inyectaré. (*Inyecta al fraile. Este se estremece ligeramente.*)

Melitón.—¡Ay, hermana, hermana!

Juana.—¿Qué le pasa, Fray Melitón?

Melitón.—¡Que hay dos clases de magras que á uno trastornan: las del cerdo y las que envuelven á esa humanidad frescachona y salerosa, que á uno, mísero mortal, le ponen la carne en estado incandescente, ante unos ojos tan retrecheros como los suyos!

Juana.—¿Pero qué dice usted, hermano Melitón?

Melitón.—¡Qué es usted una hurí mahometana, capaz de sacar de su sepulcro al fundador de mi comunidad!

Juana.—(*Con la mano indica que ha bebido.*) ¡Ay, si lo viera á usted en ese estado el padre Ceferino!

Melitón.—¡Si el padre Ceferino viese esos pedazos de gloria, se despiporraba!... ¡El padre Ceferino, perdía el fino y por sus magras, dejaba de ser Capuchino!

Juana.—¡Váyase á descansar, hermano!

Melitón.—«Morituri mean te salutan.» ¡Como tenemos que morir, se impone á discrección, el amor y el Jamón. preciosa Juana!

Juana.—¡Pero hermano Melitón!...

Melitón.—¡Qué doloroso debe ser quedarse sin marido, hallándose tan fresca!...

Juana.—¿Pero es que ha bebido?

Melitón.—¡Sí que he bebido!... Pero he bebido en tus ojos el nectar delicioso del amor, porque eres una mujer enloquecedora, despampanante y de rechupete.

Juana.—Dejo á usted, hermano Melitón, porque poco á poco se le va subiendo á la cabeza. (*Mutis por el baratillo.*)

## ESCENA ÚLTIMA

Dichos, —Menos Juana.

Melitón. — ¡Vaya con Dios la reina de la orden!...

Enrique. — *(Riendo)* ¡Inyecta al burro!

Melitón. — De la orden Franciscana.

Severo. — *[Riendo]* ¡No está mal!...

Melitón. — Se me traba todo.

Severo. — Lo inyectaré, pero antes... *(Dirigiéndose al público)* quedan ustedes invitados para el día de mi boda.

Melitón. — *(Haciendo mutis y cantando.)*

Anda, borriquito,  
vamos al convento,  
porque nos esperan  
con el cargamento.

Cuando el burro pase por encima de la plancha de cinc, el actor lo inyecta, y se dá la corriente eléctrica, D. Severo y D. Enrique, ríen al ver saltar al burro, D. Enrique, dice:  
¡Magnífico, chico, magnífico!

Severo. — *(Con júbilo)* ¡Y extraordinariamente piramidal!





**ACTO SEGUNDO**

Decoración de montaña. Al fondo el horizonte. A la derecha, árboles y riscos, A la izquierda, primer-término, el convento de los Padres Franciscanos, con puerta practicable, y junto al convento, segundo término, la iglesia, tambien con puerta practicable. Es de día.

**PERSONAJES**

**ACTORES**

La Marquesa viuda de Primavera

La Señá Juana

Carlacia. (hermana del jardinero)

D. Severo del Nido

D. Enrique del Moral

El Padre Ceferino

El Padre Toribio

Fray Melitón.

David, (Jardinero)

Paco. (Criado)

Derecha e izquierda la del actor.



## ESCENA PRIMERA

Caricia y David

Caricia.—(*Del convento sale con una maceta, que deja dentro de la iglesia.*) ¡Jesús!... Ya estoy cansada de llevar tanta maceta.

David.—(*Sale también con otra maceta, que deja en la iglesia.*) Pues sí que te cansas pronto!

Caricia.—(*Saliendo de la iglesia con David*) Con la que saque ahora, llevo treinta y seis.

David.—Pocas menos llevaré yo

Caricia.—¡Parece mentira que seas mi hermano y que lles mi sangre! (*Entra por otra maceta.*)

David.—No te incomodes, Caricia. (*Desde la puerta*) Con otra que lles, sobra, porque la iglesia está cuajá de flores.

Caricia.—(*Saliendo con la maceta*) Con esta me despido hasta el año que viene. (*Mutis por la iglesia.*)

David.—Lo que es San Francisco, vá á estar este año como nunca... Me extraña que aun no haya venido la señora marquesa, pa ver como ha quedado la ermita del Patrón. La verdad es, que á no ser por ella, no estaría el templo lo bien que está. (*Sacando un cigarro.*)

Caricia.—(*Saliendo de la iglesia*) Pero ¿qué haces?

David.—Ya lo vés. (*Encendiendo el cigarro*) Pegarle fuego á un anticlerical.

Caricia.—¡Ay, David, David!... ¡Qué vago eres!

David.—Pero... ¡hermana mía!... Para tí, como no me veas echar el hígado por la boca, no hago ná, soy un vago, y aunque tengas razón, no me lo debes decir.

Caricia.—¡Como el padre Toribio te tañe, dejarás de ser el jardinero del convento!

David.—Tengo mucho cuidado de que el padre Toribio me vea siempre bregando, y como me ve bregando, (*riendo*) toreo como me dá la gana.

Caricia.—¡Como tengas un descuido!...

David.—¡Como no me des-cui-da-ré, vivo tranquilo!

Caricia.—Comiendo á la sopa boba.

David.—Soy un fraile, sin cordones y sin hábito.

Caricia.—Pero gandul por naturaleza.

David.—En la naturaleza tiene que haber de todo:  
Rosas y espinas.

Caricia.—¡No estás tú mala espina!...

David.—¡Que soy tu hermano, Caricia!

Caricia.—Lo sé. (*Riendo y con sorna*) Mi hermano  
David.

David.—(*Iniciando el mutis*) ¡Me voy... por no disgustarme contigo!

Caricia.—[*Riendo*] ¿Vas á trabajar?

David.—¡Voy al diablo! (*Mutis por el convento.*)

## ESCENA II

Caricia.—Despues Fray Melitón.

Caricia.—(*Riendo*) Verdaderamente, le hago rabiarse demasiado. ¡Pobre hermano mío! Le quiero con toda el alma. [*Riendo*] y disfruto diciéndole la verdad.

Melitón.—(*Por el convento sale sigilosamente.*) ¡Ay, Caricia, Caricia!... ¡Cuando ries, siento una cosa tan rara dentro de mi ser, que me trastorno.

Caricia.—Si volvemos á las mismas, me voy.

Melitón.—¡Tengo yo la culpa de que seas tan hermosa!... ¡Maldito sea tu padre y tu madre, que te trajeron al mundo para mi condenación!...

Caricia.—¿Está usted loco?

Melitón.—Puede que sí, porque tienes unas niñas en esa cara, que enloquecen cuando miran... ¡Por tí dejaré de ser lego, para convertirme en padre!

Caricia.—Cuando tenga cuarenta ó cincuenta años, será otro padre Toribio.

Melitón.—(*Con mimo*) No quiero ser padre Toribio; quiero ser padre de familia.

Caricia.—Si Dios lo quiere...

Melitón.—(*Con cariño*) Tú eres la que tienes que querer. En estas cosas no se mete el de Arriba.

Caricia.—¡Hermano Melitón!... ¡Qué mochales que está usted!

Melitón.—(*Con misterio y alegría*) ¡Te voy à poner un baratillo!

Caricia.—¿A mí?...

Melitón.—Sí. Lo llevaremos à medias. Y voy à comprar una cama de matrimonio con somniers, que va à ser el disloque.

Caricia.—¿Y para què?

Melitón.—(*Con alegría*) ¡Para regalartela!... Y un espejo de tamaño natural, para que veas lo hermosa que eres, reina... ¡Reina de mi vida!... ¡Gitana retrechera!...

Caricia.—Como siga usted de ese modo; se lo diré à los Reverendos padres.

Melitón.—Si me quieres, díselo al Nuncio, para que nos bendiga y nos enlace in-di-so-lu-blemente. (*Rie*)

Caricia.—¡Ay, Dios mío de mi alma, y como está el pobre Melitón!

Melitón.—¡Loco por esa canela en rama!... ¡Hermosa Caricia, acaricia al lego que se derrite! (*Intenta abrazarla*)

Caricia.—¡Estése quieto, hermano Melitón!

Melitón. —No me digas hermano; dime futuro esposo, idolatrada baratillera!

Caricia. —(*Iniciando el mutis*) Ahí se queda usted.

Melitón. —¿Y te vas sin abrazarme? ¡*Corre detrás de ella, por toda la escena y hacen mutis por el convento*!)

### ESCENA III

La Marquesa viuda de Primavera y Paco con dos cajas grandes de cartón, por el segundo término de la derecha. —Después David.

Marquesa. —Ya hemos llegado. Esa es la iglesia. Entra y espérame hasta que vea al padre Ceferino.

Paco. —Está bien, señora Marquesa. (*Mutis por la iglesia.*)

Marquesa. —(*Al ir á entrar al convento, sale David.*)  
Celebro el verte.

David. —Señora Marquesa.

Marquesa. —¿Y el padre Ceferino?

David. —(*Con misterio*) Está celebrando una conferencia reservada con el padre Toribio.

Marquesa. —¿Una conferencia?

David. —Sí, señora Marquesa. (*Con mas misterio*)  
¡Ocurre un caso gravísimo!...

Marquesa. —¿Qué es ello?

David. —¡Que Fray Melitón está locamente enamorado!

Marquesa. —(*Riendo*) Pero ¿qué dices?

David. —¡Y el burro también!

Marquesa. —¿Te has vuelto loco? (*Rie*)

David. —Desgraciadamente, no. ¡Hay cosas horripilantes!

Marquesa. —(*Riendo*) ¿Y qué cosas son?

David. —¡Ah, señora Marquesa!... No sé como decirle que el lego del convento quiere casarse.

Marquesa. —(*Riendo*) ¿Con quien?



David.—Con mi hermana.

Marquesa.—(Riendo.) ¿Qué has bebido para que estés de ese modo?

David.—¡Sí no he probado ni el agua, señora Marquesa!

Marquesa.—Peor que peor.

David.—¿Es que quiere verme la señora con una merluza?

Marquesa.—(Riendo) Quiero verte cuerdo.

David.—¡Lo estoy, señora Marquesa!... Lo que digo es cierto. ¡Fray Melitón quiere que mi hermana venda muebles usados!

#### ESCENA IV

Dichos.—Paco, por la iglesia.

Paco.—Sra. Marquesa.

Marquesa.—¿Qué quieres?

Paco.—Ahí hay un fraile, creo que el padre Cirilo, que desea destapar las cajas, para adornar la capilla de San Francisco.

Marquesa.—Voy... No quiero que se rompa algo.  
(Mutis todos por la iglesia.)

#### ESCENA V

El Padre Ceferino y el Padre Toribio, por el convento.

Ceferino.—Es inesplicable, padre Toribio, lo que le ocurre á Fay Melitón... Desde ayer está que no puede ver á una mujer. sin que le eche un requiebro... A la hermana del jardinero del convento, no hace más que perseguirla y decirle: ¡Te voy á poner un barafillo!... Tus ojos me tienen loco, reina cautivadora!

Toribio.—Eso creo yo, que está loco el pobre Melitón.

Ceferino.—La noche pasada, ha sido horrible para el lego... ¡El hermano guardian le ha sor-

prendido arrodillado en la cama, hablando solo!

Toribio.—¿Y qué decía?

Ceferino.—Baja, que nadie nos vé.

Toribio.—¿Y estaba dormido?

Ceferino.—Completamente, según el hermano guardian... Despues se echó sobre la cama, y llorando volvió á decir: "Baja. El que está en el purgatorio no se enterará.

Toribio.—¡Vaya un sueño!

Ceferino.—¡Rarísimo!... Esta mañana, al levantarse, pidió el desayuno, partió el panecillo en cuatro partes, y se marchó á la cuadra!

Toribio.—¿Para qué?

Ceferino.—Para decirle al borriquillo que estaba desesperado.

Toribio.—¿Y qué?

Ceferino.—El borrico lanzó un rebuzno, y entonces el lego exclamó: ¿Conque tambien estás desesperado? y el borrico, moviendo la cabeza, le dijo que sí.

Toribio.—¡Me asombráis, padre Ceferino!

Ceferino.—Tambien lo estoy yo, padre Toribio, porque es muy raro lo que está ocurriendo.

Toribio.—¡Parece que el diablo está entre nosotros!

Ceferino.—Tenemos que conjurarle y pedirle á San Francisco que no nos abandone.

Toribio.—Piensa bien el padre Ceferino, porque es muy raro lo que sucede.

Ceferino.—Lo raro del caso, no es que Melitón se encuentre así, pero... ¿Y el borriquillo? El borrico se embiste, padre Toribio... En oliendo á sexo debil, rebuzna de un modo que alarma.

Toribio.—Hay que tenerle atado y observarle.

Ceferino.—Mejor sería venderlo. En el convento no debemos tener á un animal en esas condiciones.

Toribio.—Anoche, por querer estar junto á la borri-  
ca del jardinero, rompió la cuerda que lo su-  
getaba en el pesebre. Le digó, padre Ceferi-  
no, que nuestro borrico, es un borrico sica-  
lípico.

Ceferino.—Nada, nada; hay que venderlo.

Toribio.—Será lo mejor.

Ceferino.—Y respecto á Fray Melitón, llamarle y re-  
prenderle por su conducta, que denigra el  
hábito que lleva.

Toribio.—Me parece bien. (*Se acerca á la puerta del  
convento y dice:*) Hermano portero. Dígaie  
á Fray Melitón que venga inmediatamente.

Ceferino.—Y si no se corrige, lo meteremos en la  
celda de castigo, y ya se amansará.

Toribio.—Con quince dias que lo tengamos á pan y  
agua, creo será lo suficiente.

## ESCENA VI

Dichos, y Fray Melitón, por el convento.

Melitón.—¿Llamaba el padre Toribio?

Toribio.—Sí. Le llamaba para reprenderle.

Ceferino.—Y para castigarle severamente, si persiste  
requebrando á la hermana del jardinero.

Melitón.—La hermana del jardinero... Sí, si... La her-  
mana del jardinero...

Toribio.—Tiene que corregirse, Fray Melitón.

Ceferino.—Eso es una locura.

Toribio.—Impropia de un lego Franciscano.

Melitón.—¡Ay, Reverendos padres!... La hermana del  
jardinero, no me interesa nada, nada en abso-  
luto.

Toribio.—Entonces... ¿por qué le llama reina cautiva-  
dora?

Ceferino.—¿Y por qué le quiere poner un baratillo?

Melitón.—Todo eso no es más que por distraer el

pensamiento.—La hermana del jardinero me sirve de linitivo. Ese no es mi ideal.

Toribio.—¿Qué es lo que dice el hermano?

Melitón.—Que no es mi ideal.

Ceferino.—¿Que no es su ideal?

Melitón.—No... ¡Ah, Reverendos padres!... Mi espíritu vaga por otras regiones!... (*Mirando al cielo. Segundo término de la derecha.*) ¡Allí está!... ¡Mirad la cuerda!...

Ceferino.—(*Mirando*) No veo nada.

Toribio.—(*Mirando*) Ni yo.

Melitón.—La ropa blanca... El sol la seca...

Ceferino.—(*A Toribio*) ¿Estará loco?

Toribio.—Yo creo que sí.

Melitón.—¡El baratillero!... ¡Todo lo veo!...

Toribio.—¿Qué es lo que vé el hermano?

Melitón.—(*Sigue mirando al cielo*) ¡La mirada de fuego!... ¡El brazo remangado!... ¡Los dos pernils que llegan al convento!...

Ceferino.—¿Y sabes que han traído dos pernils al convento?

Melitón.—Sí...

Toribio.—(*A Ceferino*) Pues yo no le he dicho nada.

Ceferino.—¿Y quién te ha dicho lo de los pernils?

Melitón.—¡Mi ángel divino!... ¡Miradlo allí!... (*Hacia el sitio indicado*) ¿No lo veis?

Ceferino.—(*Mirando*) No.

Melitón.—(*Mirando*) ¡Ah, sí!... ¡Te amaré siempre, siempre!... ¡Tú serás la reina de mi corazón!... ¡Tus ojos de fuego incendiaron mi alma!... ¡Sí, sí!... ¡Seré baratillero!... ¡Te lo juro!

Ceferino.—¿Pero qué dice el hermano Melitón?

Melitón.—¡Qué mi ángel idolatrado nunca me abandonará!

Toribio.—El ángel nunca desampara á los que le quieren.

Melitón.—¡Ah!... ¡Si el padre Toribio le conociese!

Toribio.—Le conozco por mi fé.

Ceferino.—Igual que toda la comunidad.

Melitón.—¿Y qué me dice el padre Ceferino?

Ceferino.—Que debes ser bueno y consagrarte al angel que no te abandone.

Melitón.—¡Si el padre viera sus ojos, su boca tan rica y su silueta enloquecedora, se despiporraba!

Ceferino.—¿Yo?...

Melitón.—Sí, padre Ceferino. Y hasta diría: ¡Olè la sal y la canela fina!

Toribio.—¿A un angel?

Melitón.—Naturalmente... ¡Y qué carnes las suyas!... ¡Y qué curvas!... ¡Y qué contornos!... ¡Dios echó en ella, Reverendos padres, su bendición suprema!

Ceferino.—¡Pero, hermano! ¿Ese angel es femenino ó masculino?

Melitón.—Ese angel es viudo, ó mejor dicho viuda de un baratillero sin conciencia, que según mis noticias la vapuleaba de cuando en cuando.

Toribio.—¿Se refiere el hermano lego á la señá Juana la baratillera?

Melitón.—¡Olé!

Ceferino.—¿A la de los perniles?

Melitón.—¡Chipél!... ¡Esa es la preciosidad más despampanante que he conocido!

Toribio.—¡Hay que reprimirse, hermano Melitón, y olvidar á esa mujer para siempre!

Ceferino.—¡Y si no se corrige, será castigado á pan y agua durante quince días!

Melitón.—¡Lo que me piden es espantoso! Castiguen al alma, porque el alma es la que se me lleva esa preciosidad. ¿Soy acaso reponsable de lo que alberga mi ser? Yo, no soy yo, y no siendo yo el responsable de yo, no debo pagar yo, lo que no hago yo.

Ceferino.—Lo que dice tiene lógica.

Toribio.—Ciertamente, pero hay que castigar á esa desenfrenada pasión. para que el alma del lego no se corrompa.

Melitón.—De modo que...

Toribio.—La celda de castigo, el pan y el agua, se impone forzosamente, para que el hermano no se pierda y su alma se purifique.

Melitón.—¡Ah, Reverendos padres!... ¡No me castiguen de ese modo!...

Ceferino.—Lo hacemos por tu bien.

Toribio.—Queremos salvarte del pecado.

Melitón.—Que se pierda uno más, poco importa.

Ceferino.—Nuestra conciencia está por encima de todo.

Toribio.—No podemos permitir tú condenación.

Melitón.—Yo aseguro que me salvo y que iré á la gloria derechito.

Ceferino.—Eso es imposible.

Melitón.—Cuando me vaya á morir, me arrepiento de todo, (*Con alegría*) y ya estoy salvado.

Toribio.—Para salvarse, ahora tiene que ser.

Ceferino.—¿Prometes abandonar la senda del pecado?

Melitón.—Sí,

Toribio.—¿Olvidarás á Juana?

Melitón.—No... ¡Me es imposible!

Toribio.—¡Entonces irás á la celda!

Ceferino.—¡Sí!... ¡A la celda!

Melitón.—¡Compadecedme, por Dios!

Toribio.—¡A la celda!

Ceferino.—¡A la celda!

Melitón.—¡Compadecedme, compadecedme!

Toribio.—¡A la celda!

(*Los frailes, empujando á Melitón, con éste, hacen mutis por el convento:*)

FSCENA VIII

La Señá Juana, por el segundo término, de la derecha. Despues,  
Caricia, por el convento.

Juana.—¡Gracias á Dios que llegué! Se necesita voluntad para venir al convento... ¿Estará en la iglesia el padre Ceferino? (*Entra y sale al poco.*) No está. ¡Qué bonita han dejado la capilla del patrón!

Caricia.—¿Usté por aquí, señá Juana?

Juana.—Sí, hija mía. Desde hace doce años vengo á la fiesta que los padres le hacen á San Francisco.

Caricia.—¡Es usté una buena devota!

Juana.—Lo soy de corazón.

Caricia.—Esta mañana recibió el padre Ceferino los dos perniles que usté le ha mandado.

Juana.—Esa es mi limosna anual.

Caricia.—Y es una limosna buena!

Juana.—¿Y el padre Ceferino?

Caricia.—Está con el padre Toribio.

Juana.—¿En oración?

Caricia.—No señora. Encerrando á Fray Melitón en la celda de la penitencia.

Juana.—¿De la penitencia?

Caricia.—Le llaman de la penitencia á la celda de castigo.

Juana.—¿Qué ha hecho el pobre Melitón?

Caricia.—(*Con timidez*) Nada.

Juana.—¡Algo habrá hecho para que lo encierren!

Caricia.—Lo que ha hecho, no tiene de particular en un hombre, pero en un fraile, sí.

Juana.—¿Y qué es ello?

Caricia.—(*Con timidez*) Decláme que me quiere mucho.

Juana.—¿Tambien á tí?

Caricia.—Se empeña en poner conmigo un baratillo.

Juana.—¡Ah, granuja!... ¡Cómo le he dado calabazas, me quiere hacer la competencia!

Caricia.—¿De modo que á usted!...

Juana.—¡Sí, hija!... ¡Me ha llamado hasta reina de la orden Franciscana!

Caricia.—Y á mí... ¡que el Nuncio bendecirá nuestra boda!

Juana.—¡Y el baratillo lo querrá poner cerca del mío!

Caricia.—Le digo á usted, que lo que ocurre con Melitón, es muy raro.

Juana.—¡Cuando lo coja, ya le diré cuantas son cinco!

Caricia.—Será difícil que lo coja, porque de la celda, sabe Dios cuando saldrá!

Juana.—¡Cuanto más tarde, mejor para él!

Caricia.—¡Dios mío, qué hombres, ó mejor dicho, qué logos tan frescales!

Juana.—Ayer, cuando en la puerta de mi establecimiento se puso meloso, creí que estaba alegre, porque al borrico lo llevaba cargado, ¡pero ahora me convenzo de que Fray Melitón es un viva la Virgen!

Caricia.—Yo no he tenido más remedio que contarle á los padres lo que ocurría, para que le reprendan.

Juana.—Has hecho bien. Así verá que con las mujeres, no se bromea.

Caricia.—Su broma le costará bien cara. ¡Quince días encerrado y casi sin comer!

Juana.—Cuando salga, verás como no se mete contigo.

Caricia.—Tal vez se marche del convento.

Juana.—Mejor. De ese modo evitarás el que vuelva á perseguirte.

Caricia.—Eso ha sido una locura... una mala idea.

Juana.—De la que tú no has participado, porque has estado cuerda.



Caricia.—Ciertamente.

Juana.—Si en vez de ser un lego, hubiese sido un hombre, de los que hay muchos, guapo y decente ..

Caricia.—¡Tiene usted razón!

Juana.—No estaría ahora, como ese frescales, encerrado en un calabozo.

Caricia.—(*Sonriendo*) De estas cosas, Señá Juana, sabe usted mucho.

Juana.—Los años, que la hacen á una aprender.

Caricia.—¿Quiere usted que veamos al padre Ceferino?

Juana.—¡Sí; por que deseo que castiguen bien á ese sinvergüenza!

(*Mutis las dos por el convento.*)

## ESCENA IX

D. Enrique y D. Severo, por el segundo término de la derecha.

Enrique.—(*Riendo*) ¡Anda, hombre, que he llegado antes que tú!

Severo.—(*Desde dentro*) ¡Has llegado antes, porque perteneces á la familia de los galgos!...

Enrique.—¡Si el Amor inyectable sirviera para volar!...

Severo.—(*Desde dentro*) ¡No andaría nunca, porque sería un avión!

Enrique.—Oye.

Severo.—(*Entrando*) ¿Que?...

Enrique.—No se ve á nadie.

Severo.—Pues la Marquesa, por lo que me han dicho sus criados, está en el convento.

Enrique.—Hay que ver al padre Ceferino.

Severo.—Como lo veamos le convenzo.

Enrique.—Yo, en tu lugar, no veía al padre Ceferino, y á la Marquesa, la inyectaba.

Severo.—Antes quiero ver si consigo su amor en buena lid. Si se resiste, como último recurso, recurriré á la inyección.

Enrique.—(*Mirando hacia la puerta del convento*)  
¿Oye?... Por ahí viene la Marquesa con dos  
padres.

Severo.—Sí. (*Mirando*) ¡El padre Ceferino y el padre  
Toribio.

Enrique.—Ocultémonos en la iglesia.

Severo.—No está mal pensado.

Enrique.—Desde allí observaremos.

(*Los dos hacen mutis por la iglesia.*)

## ESCENA X

La Marquesa y los P. Ceferino y Toribio, por el convento.

Marquesa.—Es muy extraño lo que le ocurre á Fray  
Melitón.

Ceferino.—Ha sido necesario encerrarle y someterle  
al castigo de la astinencia forzosa.

Toribio.—¡De lo contrario, la pobre Caricia, la herma-  
na del jardinero, y la seña Juana la baratille-  
ra!... ¡No, no quiero ni pensarlo, señora Mar-  
quesa!...

Ceferino.—¡Con pensar en esas cosas, se peca!

Toribio.—¡Libreme el divino San Francisco de sarcas-  
mo tan pecaminoso!

Marquesa.—¿Y dice usted que el borrico?...

Ceferino.—¡Ah!... ¡El borriquito, señora Marquesa,  
tambien está irascible!

Toribio.—Pecaminoso completamente.

Ceferino.—Ya hemos acordado el que se venda.

## ESCENA XI

Dichos.—D. Severo y D. Enrique, por la iglesia.

Severo. }  
Enrique. } Reverendos padres (*Le besan la mano*)

Ceferino.—Esperábamos á ustedes.

Severo. — Señora Marquesa. (*Le alarga la mano*) ¿Me niega la mano?

Marquesa. — A nadie niego la mano, pero á usted debiera negársela, (*Le dá la mano*) para que no insista en lo que es un imposible.

Enrique. — A los pies de la señora Marquesa.

Marquesa. — (*Riendo*) Puede darme la mano, D. Enrique, (*Se dan la mano.*)

Enrique. — Como soy amigo de éste...

Severo. — La Marquesa, desde hoy, será conmigo más amable, más cariñosa y más...

Marquesa. — (*Riendo*) Más... ¿qué?...

Severo. — Me agrada esa risa.

Marquesa. — ¿Por qué?

Severo. — Porque esa risa es el prólogo de mi felicidad.

Marquesa. — (*Riendo*) ¡Caramba, caramba!

Severo. — Y ahora me dirijo á los Reverendos padres.

Toribio. — Lo celebramos.

Ceferino. — ¿Y que es ello?

Severo. — Yo, no soy yo. Es decir, me explicaré... Las otras noches, estando en mi aposento, lamentando en mi triste soledad, el que la señora Marquesa no correspondiese á mi pasión, se me apareció un angel, envuelto en destellos de divinas filigranas, que me dijo: «En el convento de los padres Franciscanos, encontrarás tu dicha. Desde hoy, el amor, reinará en aquel santo recinto.»

Ceferino. — ¡Caracoles!

Toribio. — ¡Caspitina!

Severo. — «Desde el infeliz Fray Melitón, hasta el borriquillo del convento, sentirán la flecha de Cupido!»

Ceferino. — ¡Recórcholis!

Toribio. — ¡Repámpano!

Severo. — Tú—me dijo el angel—al que quieras curar del mal de amor, lo curarás con solo una mi-

rad petrificadora, que inmovilice el organismo del enamorado.»

Marquesa. — (*Riendo*) ¡Cuanto desatino!

Toribio. — ¡Poco á poco, señora Marquesa!... Fray Melitón y el borriquillo, han sido ya flechados por el ángel que vió D. Severo en su soledad.

Ceferino. — ¡El borrico ha sido acribillado!

Severo. — (*Con asombro*) ¿Es cierto, Reverendos padres, lo que acaban de decir?

Ceferino. — ¡Ciertísimo!

Severo. — (*Mirando al cielo*) ¡Gracias, ángel mío!

Enrique. — Yo puedo asegurar á ustedes, que es cierto todo lo que ocurre... ¡El alma de mi amigo es angelical!... ¡Su corazón no tiene desperdicio!... ¡Sus puros sentimientos lo elevan aereostáticamente hacia el cielo, hacia el lugar donde moran los ángeles!

Severo. — ¡Por eso, ante el acerbo dolor que siento aquí, (*llevándose la mano al corazón*) se me apareció el ángel del consuelo, designándome este apartado recinto, para que en él santifique mis ensueños de amor, amor dulce y apacible, no correspondido por la mujer que tanto adoro!

Marquesa. — (*Riendo*) Y difícilmente veo... que esa mujer pueda corresponderle.

Severo. — ¡Esa mujer, señora Marquesa, me corresponderá!

Enrique. — (*A Toribio*) Todo es cosa de un apretón.

Toribio. — ¿Eh?...

Enrique. — (*Riendo*) Nada, nada. No he dicho nada.

Ceferino. — Desde ayer están pasando unas cosas, que me tienen en un todo asombradísimo.

Severo. — Al padre le ocurre lo que á mí, cosa muy natural, porque no estamos acostumbrados á estas sensaciones.

Enrique.—Yo lo veo todo imposible, porque sé que nos acecha el amor, (*dirigiéndose á la marquesa*) ¡y cuando el amor acecha, hay que entregarse, por ser invencible su talismán!

Marquesa.—[*Riendo*] Lo que estoy viendo resulta divertido. (*A Severo*) ¿Por qué no cura, para convencerme, al lego y al borrico, del mal de amor?

Toribio.—¡No está mal pensado!

Ceferino.—Conforme con la Marquesa.

Severo.—Me place su indicación.

Ceferino.—(*A Toribio*) Dígale al padre Cirilo, que saque al lego de la celda.

Severo.—(*Mirando hacia la puerta del convento*) ¡Ah!... ¡Por allí viene un enamorado!

Ceferino.—¿Quién?

Toribio.—¿David?

Severo.—Sí.

Enrique.—¡Pobre arpejiador!

## ESCENA XII

Dichos.—David, sale corriendo por el convento.

Ceferino.—¿Por qué vienes corriendo?

Marquesa.—¿Qué es lo que sucede?

(*Severo inyecta á David.*)

David.—(*Estremeciéndose y mirando á la Marquesa.*) ¡Ay!...

Toribio.—¿Te duele algo?

David.—Na... ¡Qué guapa está la Marquesa!... Si fuera duque, sería duquesa.

Ceferino.—Pero... David!...

David.—Ni David, ni arpa. ¡Quítate el título, para que seas jardinera franciscana!

Marquesa.—¡Insolente!

David.—¡Si me insultas, te largo una cariñosa y amorosa bofetá, que te vuelvo loca!

Severo.—(*Cogiéndolo y mirándolo frente á frente*)

¡Basti! (Se queda inmóvil) Ya está petrificado.

Ceferino.—(Contemplándolo) David...

Toribio.—¿Qué te sucede?

Marquesa.—¿Será verdad?

Enrique.—(Sonriendo) ¿Qué dice á esto la señora Marquesa?

Marquesa.—Que lo veo y no lo creo.

Severo.—Hasta que yo no quiera, no vuelve en sí.

Ceferino.—(A Toribio) ¿Qué me dice el padre?

Toribio.—Estoy anonadado.

Severo.—(A la Marquesa) Cuando guste, lo despetrificaré.

Marquesa.—¿Es cierto que habló con el ángel?

Severo.—Muy cierto. ¡Lo que hago... viene de Arriba!

Marquesa.—Despierte al jardinero.

Severo.—(Con mucho misterio se acerca á él y dice en voz baja.) ¡Despierta!

David.—¡Ay!... Estoy cansadísimo.

Ceferino.—¿Qué te pasa?

David.—Que he sentido una cosa en el corazón...

Marquesa.—¿Con qué querías pegarme?

David.—¿Yo?...

Marquesa.—Por no corresponder á tu cariño.

David.—No sé lo que dice la señora Marquesa.

Marquesa.—¿No me has hecho el amor?

David.—¿Yo?

Severo.—De lo ocurrido no puede acordarse. Todo ha sido un sueño.

David.—Yo he venido para decirle á los padres, que el borriquillo ha roto el ronzal y que de un salto, se ha pasado al patio de la iglesia.

Toribio.—¿En donde está la Pastora?

David.—Sí. Mi borriquilla.

Ceferino.—(A Severo) ¡Venga usted y vuelva al borrico á su estado normal!

Severo.—Con mucho gusto.

Ceferino.—Por aquí. (*Todos hacen mutis por la espalda de la iglesia.*)

### ESCENA XIII

La Señá Juana, corriendo, sale por el convento, seguida por Fray Melitón.

Melitón.—¡No huyas!... Por tí he roto la puerta de la celda. Deseo hablarle.

Juana.—Yo tambien deseo hablarle; pero como salió corriendo y con los ojos desencajados, le tuve miedo.

Melitón.—De mi no temas nada. ¿Cómo causar yo daño al ángel que tanto adoro?

Juana.—¿Y quiere poner un baratillo para quitarme la parroquia?

Melitón.—¿Yo?...

Juana.—Sí. En unión de la hermana del jardinero.

Melitón.—[*Riendo*] Esa es una broma que le he gastado.

Juana.—Sé que no le quiere y que por su culpa lo han encerrado en la celda.

Melitón.—Que me quiera ó no me quiera, nada me importa. (*Intenta darle un abrazo*) ¡A quien quiero yo es á su preciosa juncalidad!

Juana.—Quieto... No me hace falta su cariño.

Melitón.—Por usted dejaré el convento, le entregaré mi corazón y me pondré al frente del baratillo.

Juana.—[*Riendo*] Veo con pena, hermano, que su cabeza no está en caja.

Melitón.—[*Con cariño*] Porque para estar en caja, necesita que yo me encaje. en la caja de sus encantos.

Juana.—¡Mochales del todo!...

Melitón.—¿Y quien no se mochala ante unos ojos como los suyos?

Juana.—[*Riendo*] Feos y pequeños.

Melitón.—¡Son dos cajas de betún, con un tiff en el centro, para enloquecerme, preciosidad mayólica!

Juana.—¡Parece mentira, hermano lego, que haya llegado á ese estado tan lamentable!

Melitón.—¡He llegado á ese estado tan lamentable, porque eres idilio fosforescente y enloquecedor!... ¡Junto á tí, el Vulcano resulta un chubesquí de catorce reales!... ¡Ay, Juana, Juana!

Eres muy barbiana,  
por la noche y la mañana...  
¡y por la tarde temprana,  
eres reina Franciscana,  
mí gitana!

Juana.—¡Por qué se moriría Esquerdo!

Melitón.—¿Y quien fué ese?

Juana.—Un hombre que debió ser inmortal.

Melitón.—¿Y para qué iba á vivir tanto?

Juana.—Para que á los mochales por el amor, les volviera el juicio.

Melitón.—(*Con mucho cariño*) Esa enfermedad se cura radicalmente, si uno se confronta con una mujer tan despampanante como tú. (*Intenta abrazarla.*)

Juana.—Las manos quietas.

Melitón.—Iba á medicinarme. Para curar mi enfermedad, no hay otra cosa mejor. Deja que pruebe el medicamento. (*Intenta abrazarla.*)

Juana.—(*Rechazándolo*) No soy médica, ni boticaria.

Melitón.—¡Inquisidora!... ¡No quieres compadecerte de mí! Muero por tu silueta, por tu cara bonita, por tu arrogancia y por esos ojos que me tienen revolucionado el espíritu, capaces de quitar el sentido á San Dimas, ladrona!



## ESCENA XIV

Dichos.—Por la espalda de la iglesia, salen: La Marquesa, Padre Ceferino, D. Enrique, D. Severo, el Padre Toribio y David.

Ceferino.—No sé lo que ha hecho, para que el borriquito vuelva à su estado normal.

Marquesa.—Estoy maravillada.

Enrique.—(*Riendo*) ¿Por qué no inyectas à la baratillera?

Severo.—(*Inyectándola y riendo*) No está mal pensado.

Juana.—¡Ay, Melitón, Melitón, que pillo eres!

Melitón.—(*Riendo*) El negocio lo ampliaremos. Pondremos una buñolería.

Ceferino.—¿Qué haces aquí, Fray Melitón?

Melitón.—(*Con regocijo*) Dialogando con esta preciosidad, buñuelo-baratillera.

Toribio.—¿Quién te ha sacado de la Celda?

Melitón.—¡El hada misteriosa del amor!

Ceferino.—¿Eh?...

Toribio.—¿Ahí?...

Juana.—El amor lo atropella todo.

Toribio.—¿Está usted flechada, señora Juana?

Juana.—¡Por Melitón, que me tiene enloquecida!

Ceferino.—¡Recórcholís!...

Toribio.—¡Zapateta!...

Severo.—(*A la Marquesa*) ¡Ya lo vé usted, el ángel mio no me ha engañado!

Marquesa.—Estoy asombradísima.

Severo.—¿Siente usted algo por mí?

Marquesa.—Nada.

Toribio.—(*A D. Severo*) Vuelva à su estado honesto à esos desgraciados.

Severo.—Hasta que la Marquesa no se contagie y me otorgue su mano, no utilizaré la divina gracia del ángel que yo represento.

Toribio.—¿No siente nada la señora Marquesa?

Marquesa.—Nada, padre Toribio.

Toribio.—Entonces... (*Dirigiéndose á Melitón*) ¡A la celda de castigo inmediatamente!

Juana.—¡Y yo... con él!

Ceferino.—¡Recórcholis!

Toribio.—Usted á su baratillo.

Melitón.—¡Y yo... á su trastienda!

Ceferino.—¡Imposible!

Toribio.—¡Jamás!

Melitón.—Entonces... (*Cogiendo á Juana de la mano*) ¡A la celda de castigo!

Juana.—¡A la celda, á la celda! (*Corriendo hacen mutis por el convento, seguidos por el padre Toribio, David y D. Enrique.*)

### ESCENA ÚLTIMA

La Marquesa, D. Severo y el padre Ceferino.

Ceferino.—¡En nombre del ángel que le ilumina, le ruego que vuelva á su estado normal á esos infelices!

Severo.—La señora Marquesa tiene la palabra.

Marquesa.—El ruego que le ha hecho el padre Ceferino, se lo hago yo.

Severo.—¿Realizaré al fin lo que el ángel me predijo?

Marquesa.—No lo sé.

Ceferino.—La Providencia da siempre á cada uno el premio que merece. Cuando Ella dispone que dos almas se confundan en una sola, sin precipitar los acontecimientos, se confunden.

Severo.—Eso me dijo el ángel. Y es más, que mi boda se celebraría en el templo de los padres Franciscanos.

Ceferino.—(*Se dirige al cielo*) ¡Gracias!... ¡Gracias por tanta merced!

Severo.—(*Mirando al horizonte*) ¡Ah!... ¡Allí le veo! (*Ambos miran*) ¿Qué se acerca la hora de la

dicha? (*Cogiéndolo al padre de la mano*) ¡Mire!... ¡Sí... sí!... ¡El padre Ceferino bendecirá mi unión!

Marquesa.—¿Dónde está el ángel?

Ceferino.—Junto á esa nube.

Marquesa.—¿Aquello negro?

Ceferino.—Detrás.

Severo.—¡Ya se fué!...

Ceferino.—¡Lo que viene de Arriba, hay que cumplirlo!

Severo.—¡Marquesa!... ¡Bendigamos al ángel!

Marquesa.—Estoy que no sé lo que me pasa.

Severo.—¡El amor divino, que ya invade tu ser!

Ceferino.—¡Y que despierten, los que en brazos del amor, se encuentran en el convento!

Severo.—Despertarán, pero antes, (*dirigiéndose al público*) ratifico lo que dije: quedan ustedes invitados para el día de mi boda.

Marquesa.—Y terminó la humorada; dad siquiera una palmada.



FIN DE LA OBRA



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

- Album de Bellezas, en colaboración.  
Galería de Retratos, semblanzas en verso.  
Historia de Murcia.  
Rípios. Colección de versos.  
El cabo Manteca, juguete cómico en un acto.  
Los amores de Inés, Sainete lírico en un acto,  
música del maestro Carbonell.  
El Teatro por dentro, á propósito en un acto.  
El sastre Regocijo, juguete cómico en un acto.  
Me caso, monólogo en verso.  
Cristo, el Otoño y el Viento.  
Agua viva, colección de versos.  
Murcia en la mano, dos tomos.  
Martín Enredadera, juguete cómico lírico, música  
del maestro Bauzá.  
La cruz del barranco, zarzuela en un acto, música  
del maestro Marín.  
Tiempo perdido, colección de versos.  
Víspera y noche de boda, entremés refranero.  
Mis últimos versos.  
La Plegaria de un Ángel, cuento laureado.

### INÉDITAS

- El último beso, drama en tres actos.  
Mário el Inclusero, comedia en tres actos con un  
prólogo dramático.  
El talismán del amor, zarzuela fantástica en un  
acto.  
La fiesta de San Miguel, juguete cómico lírico  
en un acto.  
Dasarse por tabla, juguete cómico en un acto.  
Casarse sin novio, humorada lírica en un acto.  
La Manzana de Eva, juguete cómico en dos actos  
Las víctimas del amor, boceto dramático  
en un acto, dividido en tres cuadros.
- 